

ENSEÑAR A LUCHAR

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

ENSEÑAR A LUCHAR

Fe. —Da pena ver de qué abundante manera la tienen en su boca muchos cristianos, y con qué poca abundancia la ponen en sus obras.

—No parece sino que es virtud para predicarla, y no para practicarla¹.

Con frecuencia, la labor de apostolado ha de comenzar por facilitar los principios fundamentales de la doctrina cristiana, pues es necesario que las personas que tratamos conozcan a Cristo, para que puedan enamorarse de El. Una buena formación doctrinal-religiosa está en la base de toda acción apostólica. Pero la doctrina sola no es suficiente. *No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los Cielos, sino aquél que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos².* No basta conocer los deberes cristianos: hay que cumplirlos. No basta con formar la inteligencia: hay que educar la voluntad. No basta con dar doctrina: hay que enseñar a vivirla.

Por eso, la tarea del apóstol no se reduce a ilustrar la inteligencia de los hombres con la doctrina de Cristo: también ha de ayudarles a traducir, de modo concreto y eficaz, las exigencias de la fe. El apostolado debe estar impregnado de sentido práctico. Hay que enseñar a luchar a nuestros amigos, animarles cuando sea necesario, recordarles lo que dice el Espíritu Santo: *discite bene facere³*, aprended a hacer el bien.

(1) *Camino*, n. 579.

(2) *Matth.* VII, 21.

(3) *Isai.* I, 17.

Voluntad de luchar

Toda la tradición de la Iglesia ha hablado de los cristianos como de milites Christi, soldados de Cristo. Soldados que llevan la serenidad a los demás, mientras combaten continuamente contra las personales malas inclinaciones ⁴. Es más, la misma autenticidad de la fe resulta dudosa cuando no va acompañada del firme empeño por practicarla: *faltan ganas de luchar, porque falta fe* ⁵, escribió nuestro Padre.

Quien desee comportarse como verdadero cristiano, ha de estar decidido a luchar hasta el fin de su vida terrena. Sólo así obtendrá la victoria y el premio que Dios ha reservado para los que le aman *con obras y de verdad* ⁶. No le faltará nunca la ayuda de Dios, pero el Señor cuenta también con el esfuerzo personal de cada uno, con el ejercicio constante de la libertad, secundando la acción divina: *Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...* ⁷. En el orden de la gracia como en el de la naturaleza, el bien no se impone a la voluntad ni es realizado sin esfuerzo: *violenti rapiunt* ⁸, sólo los que se hacen violencia a sí mismos lo conquistan.

La fe invita a los cristianos a comportarse como hijos obedientes, no conformándose ya con las concupiscencias que tenían antes, en el tiempo de vuestra ignorancia, sino que conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo, pues está escrito: *santos habéis de ser, porque Yo soy santo* ⁹. Y la realización de la santidad requiere el cultivo de las virtudes sobrenaturales: hábitos operativos que Dios infunde en el alma con su gracia, pero que —para actuar con eficacia e intensidad— requieren el soporte de las virtudes humanas correspondientes. Y éstas se adquieren y robustecen mediante el esfuerzo personal, por repetición de actos. Por eso asevera un Padre de la Iglesia que *el primer grado de piedad consiste en amar la virtud* ¹⁰.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 74.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1974, n. 27.

(6) I Joann. III, 18.

(7) *Camino*, n. 11.

(8) *Matth.* XI, 12.

(9) I Petr. I, 14-16.

(10) Atribuido a San Juan Crisóstomo, en *Catena Aurea*, vol. III, p. 134.

Hay que fomentar en las personas que tratamos los deseos de lucha, para que sean consecuentes con la fe. Hombres de una pieza necesita el Señor, firmemente decididos a pelear para ser santos, sin conformarse con burdos remedos: *santurrón es a santo, lo que beato a piadoso: su caricatura*¹¹. De lo contrario, el acostumbamiento a los propios defectos o el apego a ciertos modos *fáciles* de comportarse, no raramente acaba —si falta espíritu de lucha— en la justificación más o menos consciente de una conducta viciada.

El Cristianismo, en efecto, no ha sido nunca un camino fácil ni cómodo. Ahora, además, el ambiente del mundo se caracteriza por una fuerte tendencia al hedonismo —la búsqueda del placer y la huida de todo lo que supone sacrificio—, que es enemigo mortal del espíritu de Cristo. El cristiano sabe que ha de ir contra corriente, no tanto porque combata agresivamente al nuevo paganismo¹², sino porque debe sustraerse a lo que reconoce como ofensa al Señor y, con su oración, su entereza, su ejemplo y su palabra, arrastrar a quienes le rodean.

*Es fuerte, y bien estimulada por el diablo, la presión que todo hombre padece para alejarle de la consideración de su destino eterno. No olvidéis que el pecado —aversión a Dios y conversión a las criaturas, decían los buenos maestros— comienza a insinuarse en el alma, justamente por un interés y por una tendencia desordenados a gozar de los bienes terrenos, a embeberse en las ambiciones de aquí abajo hasta olvidarse de Dios y del fin para el que hemos sido creados. Fijaos que se fomenta un clima mundial, para centrar todo en el hombre; un ambiente de materialismo, desconocedor de la vocación trascendente del hombre, que sofoca cruelmente la libertad de la persona humana o, al menos, confunde la libertad con el libertinaje, comercializando las pasiones. Causa pena contemplar masas enteras de gente que se dejan conducir por el dictado de unos pocos, que les imponen sus dogmas, sus mitos e incluso todo un ritual desacralizado*¹².

Haciendo eco a estas palabras de nuestro Fundador, que conservan toda su urgencia y actualidad, también el Padre ha escrito: *este entorno*

(11) *Camino*, n. 408.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1973, n. 10.

*tan enrarecido, que provoca una pérdida del discernimiento del bien y del mal en las conciencias, se interpreta —también en círculos y en países que se jactan de seculares tradiciones culturales, e incluso cristianas— como si fuera una conquista de los tiempos*¹³.

En un cristiano que no peleara sinceramente contra todo lo que puede apartarle de Dios, se cumplirían tristemente aquellas palabras de Jesucristo, explicando la parábola del sembrador: *lo sembrado sobre el pedregal es el que oye la palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene en sí raíz, sino que es inconstante y, al venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, en seguida tropieza y cae. Lo sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción de las riquezas sofocan la palabra y queda estéril*¹⁴.

En consecuencia, la lucha del cristiano ha de tener un frente dentro de nosotros mismos, el frente de nuestras pasiones. *Vigila quien pelea interiormente, para apartarse decididamente de la ocasión de pecado, de lo que puede debilitar la fe, desvanecer la esperanza o desmejorar el Amor*¹⁵.

Decir que no

Para progresar efectivamente en la vida cristiana, nuestro Padre daba un consejo que podría resumirse en estas palabras: *querer de verdad. Me dices que sí, que quieres. —Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer?*

*—¿No? —Entonces no quieres*¹⁶.

Y a querer se aprende queriendo. Así respondió una vez nuestro Fundador, a quien le preguntaba cómo aumentar la capacidad de querer. *¿Cómo aumentas tu capacidad de correr? Corriendo (...). Si deseas co-*

(13) Del Padre, *Carta*, 9-I-1980, n. 14.

(14) *Matth.* XIII, 20-22.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 28-III-1973, n. 10.

(16) *Camino*, n. 316.

rrer más, al día siguiente haces un esfuerzo mayor..., y al siguiente un poco más..., y al otro, ¡pobrecito!, quizá menos, porque te has fatigado los músculos. Pero continúas entrenándote. Te das cuenta de que no hay más remedio que tomar determinados alimentos, y no tomar otros, dejar alguna copita... ¿No es así?

De manera que ¡queriendo! Quiere, y verás cómo amarás mejor cada día ¹⁷.

Uno de los primeros obstáculos, que hay que aprender a quitar, es el subjetivismo —imperante en muchos ambientes— que impone como criterio de valoración el propio gusto y apetencia: me agrada o me disgusta; me atrae o me repugna; me cuesta o me resulta llevadero. Es necesario fomentar el sentido del deber como medida de comportamiento.

Acostúmbrate a decir que no ¹⁸, aconsejaba concretamente nuestro Padre. Decir que no, en primer lugar, a la pereza y a la desgana, a la flojera y a la comodidad. Lo contrario lleva derecho a *esa enfermedad del carácter que tiene por síntomas la falta de fijeza para todo, la ligereza en el obrar y en el decir, el atolondramiento...: la frivolidad, en una palabra* ¹⁹.

El frívolo se guía exclusivamente por la ley del capricho, es inconstante y mudable, incapaz de mantener un criterio y de defender las motivaciones de su conducta. A fuerza de incertidumbre y de ligereza, se convierte en *un pelele muerto e inútil* ²⁰, con el que los demás pueden jugar a su gusto.

Otras veces la tentación consiste en reducir la religión a una dimensión meramente afectiva y sentimental, que establece las vivencias interiores —siento la necesidad; tengo ganas; lo paso bien...— como norma suprema de la relación con Dios. Esta actitud anula la visión sobrenatural, impide el desarrollo de la verdadera vida interior, e incapacita para cumplir los propósitos con determinación y para defender los derechos de Dios y de la Iglesia. Es fácil llegar por este camino a una inestabilidad de ánimo, que se crece con entusiasmos pasajeros y se

(17) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 715.

(18) *Camino*, n. 5.

(19) *Camino*, n. 17.

(20) *Ibid.*

amilana ante las dificultades del ambiente o de la propia vida. Es algo así como la llamarada momentánea de una bengala, incapaz de conservar la luz ni de mantener encendido el fuego.

También es imprescindible aprender a controlar la imaginación, que tanta influencia ejerce sobre la voluntad. Será difícil que aprenda a vencerse quien anda *pensando en ensueños, en tonterías, dejando que la imaginación vague, para aquí, para allá* ²¹. Hay personas que se fabrican un mundo irreal, producto de su fantasía, y confunden lo que son con lo que creen ser o con lo que les gustaría ser. Personas que no saben conjugar el indicativo del esfuerzo concreto —*yo quiero*—, sino el subjuntivo —*quisiera*— de la falta de empeño personal. Cuando las cosas cuestan, o no salen como habían deseado, no es raro que tiendan a lo que nuestro Padre llamaba la *mística ojatera*: ojalá fuera aquello en vez de esto, ojalá pudiera actuar de esa forma y no de esta otra...

La imaginación descontrolada agranda las dificultades, vuelve tímidos, indecisos, dubitativos. *Las contrariedades son muy subjetivas*, afirmaba nuestro Padre. *Contrariedades tomamos las que cada uno quiere: el que está metido en Dios, pocas, porque cuando hay algo objetivo se rinde ante la voluntad de Dios, le pide luces para acertar, y basta. Las demás contrariedades son imaginaciones* ²².

No quiere Dios que sus hijos sean personas sin imaginación, sino que la usen rectamente. *Necesitamos la imaginación. Nos sirve, y mucho, en bastantes ocasiones, para hacer la oración y pensar en los intereses de Dios. Yo tengo la costumbre de decir a mi gente: soñad y os quedaréis cortos. Y se sueña con la imaginación, porque es un sueño de personas despiertas* ²³.

Ayudar a concretar

Con el apostolado de amistad y de confianza despertamos en nuestros amigos los deseos de lucha y les ayudamos a concretar, sin un

(21) De nuestro Padre, Crónica IV-62, p. 67.

(22) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 8.

(23) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 554.

falso respeto a su intimidad, *que puede ser señal de falta de celo, de falta de amor de Dios, señal de comodidad*²⁴. Siguiendo las enseñanzas de nuestro Fundador, nos recuerda con frecuencia el Padre: *si eres buen amigo de tus amigos, cuando experimenten momentos de pena o de apuro —que no faltan en la vida—, acudirán a ti para abrir su alma y contarte lo que les preocupa. Entonces —aunque no seas de la Obra— les aplicarás el bálsamo de tu caridad, de tu comprensión, de tu consejo bueno*²⁵.

Lo primero es conocerles bien. Rara amistad sería la de aquel que ignorara las virtudes y los defectos del amigo. Y para eso, hay que derrochar cariño y escuchar con paciencia sus desahogos, que quizá no responden a ninguna dificultad objetiva, pero que para ellos resultan un peso y un motivo de preocupación. Refiriéndose a labor con gente joven —pero puede aplicarse a cualquier tarea de apostolado según el espíritu de la Obra—, nuestro Fundador aconsejaba: *no queráis acortar las confidencias de los muchachos, ni interrumpir bruscamente el aluvión de sus preguntas, a veces impertinentes e indiscretas. Por el contrario: aprended a escuchar, e interesaos por todos sus pequeños asuntos. Yo os aseguro que es éste un magnífico medio de apostolado*²⁶.

Tenemos un motivo sobrenatural para interesarnos por las inquietudes y preocupaciones de esos amigos, a quienes deseamos acercar a Dios. Por eso, tantas veces habrá que provocar con las preguntas oportunas —siempre discretas e impregnadas de verdadera caridad— la apertura de su alma. *No olvidéis que, como el Buen Pastor, es preciso que podáis decir: et cognosco meas, et cognoscunt me meae; conozco a mis ovejas, y ellas me conocen* (Ioann. X, 14)²⁷. Por tanto, hay que suscitar conversaciones personales, concretas, en las que —sin irse por las ramas— se procura ayudar al amigo a mejorar poco a poco su vida interior. Con naturalidad, *con extremada delicadeza, comenzando, si es preciso, por un perdóname: no me contestes, si no quieres. Y, luego, la pregunta que da en el clavo*²⁸. Pero han de comprender el valor de la

(24) Del Padre, Tertulia, 13-IV-1976, en Crónica, 1976, p. 585.

(25) Del Padre, Crónica, 1978, p. 531.

(26) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 30.

(27) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 194.

(28) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 244.

sinceridad, saber que, al descargar sus preocupaciones en quien puede ayudarles, *ha perdido el enemigo —la concupiscencia, cualquiera que sea— casi todo su poder*²⁹.

Es éste un complemento insustituible de los medios de formación colectiva. No basta llevar a las personas a los cursos de formación, a meditaciones, a clases de doctrina cristiana... Es necesario ayudarles a aplicarse esas enseñanzas generales, enseñarles a concretar: *que no sean tus propósitos luces de bengala que brillan un instante para dejar como realidad amarga un palitroque negro e inútil que se tira con desprecio*³⁰. Que den a su lucha interior un sentido de inmediatez, sabiendo que los propósitos hay que procurar cumplirlos en el plazo fijado, sin perderse en recuerdos ni fantasías. *Pórtate bien "ahora", sin acordarte de "ayer", que ya pasó, y sin preocuparte de "mañana", que no sabes si llegará para ti*³¹.

Sería una tentación el miedo a *exigir* a nuestros amigos. Ciertamente no se trata de mandar con una autoridad de la que se carece, sino de ayudarles con la claridad y fortaleza que nacen del cariño que les tenemos. La amistad, si es verdadera, sabe encontrar siempre el modo de entrar en la intimidad del amigo sin que éste se sienta molesto, sino agradecido. Nos previene nuestro Padre: *no seáis blandos: con suavidad e imperio* —suaviter in modo, fortiter in re—, sed exigentes. *Torpeza insignificante sería conformarse con que un alma dé cuatro, cuando puede dar seis. Acordaos de la parábola de los talentos*³². Una exigencia que se traduce en acompañar, alentar, abrir horizontes, dar la mano, ayudar a recomenzar.

Será una ayuda alegre, estimulante, pidiendo siempre un poco más de lo que pueden dar, pero sin dispersar la batalla en mil frentes, sino sugiriendo metas alcanzables, relacionadas entre sí, quizá focalizadas en un examen particular bien escogido. Y que comprendan que vale la pena y que, con la gracia de Dios, resulta asequible.

Se llega así a ejercer una verdadera dirección espiritual, sin lla-

(29) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 57.

(30) *Camino*, n. 247.

(31) *Camino*, n. 253.

(32) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, nn. 51-52.

marla de ese modo, que complementa y hace más eficaz la que desarrolla el sacerdote. Pero sin olvidar jamás que no tenemos ningún derecho a salirnos de los términos normales de la amistad. Nuestro Fundador ha prohibido terminantemente que ninguno de sus hijos *pida cuenta de conciencia, a los muchachos a quienes forma, ni puede de ningún modo obligarles a que le manifiesten lo que es de la exclusiva competencia del Director espiritual* ³³. Y el Padre anota: *siempre nos ha dado el Padre, en este punto, claridad en la doctrina y en la práctica. Una cosa es pedir cuenta de conciencia, y otra inducir con caridad a abrir plenamente el corazón, por lo menos al sacerdote* ³⁴.

Este modo de proceder exige un esfuerzo mayor, pero un esfuerzo lleno de alegría, como la de Jesucristo cuando dedicaba lo mejor de su tiempo a la formación de sus Apóstoles. Nuestro Fundador, con una figura muy gráfica, solía comentar que el apostolado —y todos nosotros hemos sido llamados para ser apóstoles de Jesucristo— cuesta trabajo, como al hortelano le supone esfuerzo inclinarse sobre las plantas para que crezcan bien: las mima, las cuida, corta lo que estorba; y como todos los hombres tienden a estar erguidos, esa inclinación del labrador le exige mortificación.

Haced el esfuerzo de inclinaros, con cariño, para seguir a las almas más de cerca, con mucha paciencia ³⁵.

(33) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 241.

(34) Del Padre, nota 159 a la *Instrucción* del 9-I-1935.

(35) Del Padre, Tertulia, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 510.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)